

catástrofe de 586 nos describe la miseria y la desolacion de que era víctima el pueblo judaíta. Considera la destruccion de la ciudad como un acto de Jehova en castigo de los pecados de Israel (1, 5. 8 y 9. 14; 2, 1 y siguientes; 4, 6 y 7. 11. 13; 5, 16), cumplimiento de prescripciones de la justicia divina (1, 18) y desde mucho tiempo antes determinado por Jehova (2, 17). Es tambien para él consecuencia del proceder de los falsos profetas, que no hicieron ver sus pecados al pueblo (2, 14 y siguientes; 4, 13). Mas no sabe indicar el camino que para salir de la afliccion ha de seguir su pueblo, el cual lleva los pecados de sus padres (5, 7); como que considera expiadas las culpas de Israel con la destruccion del Estado (4, 22). Cierta que implora á Jehova, que ha sido afrentado con la destruccion de la ciudad, para que ampare en su afliccion al pueblo que reconoce sus pecados (1, 9-20); mas no sabe decir cómo ha de lograr el pueblo el perdon de Jehova y con qué actos debe demostrar su arrepentimiento. Diríase que es tanta la tristeza y tanto el dolor que embargan su alma considerando lo pasado, que no logra fijarse en ella una idea cabal de la esperanza en un porvenir mas dichoso del pueblo.

No fué de la Palestina, ni del Egipto, sino de entre los deportados á Babilonia de donde salieron los hombres que enseñaron á la nacion rechazada de la faz de Jehova, el ca-

del pecado de Israel, ni menos son suyas las alusiones, como las que vemos en 1, 10 (véase Deut., 23, 4 y siguientes) y 4, 6 y 7 (véase Isaias, 1, 9 y 10 y 18 y siguientes). El autor del cap. 3 trata principalmente de una desgracia individual; á la que es general de la comunidad, apenas alude por incidencia. Puede explicarse esto, admitiendo que parte ya del supuesto de que Jeremías ha escrito las Lamentaciones, y que por eso quiere cantar en el mismo espíritu que éste. Cuando empieza diciendo: *Yo soy el hombre que vió la afliccion*, seguramente que pretende aludir á Jeremías. En la forma procura exceder al poeta de los cantos anteriores, cuyas ideas sigue mas de una vez, no contentándose con una sencilla disposicion alfabética, sino que siempre hace seguir tres versos que empiezan con la misma letra. Sus ideas de Dios y del mundo son las del judaismo posterior al cautiverio; véase 3, 35, 37-41 y 50. La disposicion servil del ánimo, que solo llega á producirse despues de bastante tiempo de dominacion extranjera, se transparenta en 3, 37-39, presentando vivo contraste, como es de suponer, con la de las generaciones coetáneas de la desaparicion del Estado y responsables de ella.

mino que habia de seguir para calmar la ira de Dios, reconquistar su gracia y merecer que se cumplieran las predicciones de los profetas, y que por ese modo lograron infundir nueva vida á lo que aun era capaz de ella en la agonizante nacion, y hacer posible la transformacion del Israel mundano en la comunidad religiosa del judaismo.

Las ideas proféticas abren este camino. Porque la posesion espiritual de la profecía es la luz que ilumina el oscuro porvenir de los judaitas. Mas de todas sus ideas, ninguna arroja tan vivos destellos como la esperanza mesiánica. Volver á merecer la tierra de los padres y reconstituir en ella el culto de Jehova es el objetivo de los guias espirituales del pueblo desterrado, el ideal que procuran inculcar á los restos de la nacion. Y es un efecto de la fe en la predicción profética, el que el pueblo no desespere de sí mismo en el cautiverio. En este punto se manifiestan por primera vez la fuerza y la significacion histórica de la fe religiosa.

El Israel que cree en las promesas de los profetas no era ya ciertamente el antiguo Israel. Entregóse á la enseñanza y direccion de los profetas, que le comunicaron no solo el contenido, sino la fuerza de su fe. El mismo Jeremías habia ya profetizado ante las ruinas de Jerusalem (1) que en aquel lugar se volveria á oír voz de gozo y voz de alegría, voz de desposado y voz de desposada, y voz de aquellos que traen ofrenda de gracias á la casa de Jehova, y que Jehova restauraria la tierra tal como estaba antes.

Réstanos hacer aquí otra importante observacion. Tambien para el último y mas grande de los profetas, la religion de Israel y su desenvolvimiento están inseparablemente unidos á la Tierra Santa y al templo. Y aquí se presenta á nuestra vista de una vez toda la magnitud de la laguna que media entre el cristianismo y el concepto profético de la religion de Israel. Esta laguna la llena el judaismo precristiano, cuya formacion y cuyo desarrollo será el asunto de la segunda parte de esta obra.

(1) Cap. 33. El texto se encuentra hoy bastante reformado, á lo que hay que añadir que debería leerse á seguida del cap. 38, en cuyo lugar corresponde, por varias razones cronológicas, en vez del trozo posterior que allí se ha intercalado, segun dijimos en otra nota.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE LOS JUDÍOS ANTERIORES AL CRISTIANISMO HASTA EL PERÍODO GRIEGO

LIBRO PRIMERO

LA EXPATRIACION EN BABILONIA HASTA EL PRIMER REGRESO EN EL REINADO DE CIRO

CAPITULO PRIMERO

LA SITUACION DE LOS DEPORTADOS EN BABILONIA

Suele llamarse el cautiverio de los judíos en Babilonia, la estancia en este imperio de los judíos deportados á él en 597. Esta misma expresion usaremos tambien en la presente obra, si bien puede dar lugar fácilmente á errores, porque para formarse una idea correcta del estado de los judíos deportados en aquella época, no debe pensarse ni en un verdadero cautiverio ni en un destierro ú ostracismo en el sentido que estos castigos y penas tenian en la antigüedad. Los desterrados quedaban proscritos y declarados fuera de la ley en su país y expulsados de su nacion. Fuera de ella, el proscrito podia ir á donde quisiera; pero perdía todo lo suyo, sus bienes, su familia, su derecho patrio, sus divinidades y su culto, y tenia que andar errante hasta que la suerte le deparase un lugar cuyos habitantes le admitieran, dejándole vivir entre ellos y concediéndole su proteccion. Mientras no encontraba esta hospitalidad, no tenia existencia legal, ni política, ni moral; por esto la proscripcion y el destierro del país eran la pena mayor que en la antigüedad se podia imponer á un individuo. Semejante pena era conocida del pueblo de Israel, como hemos visto en la primera parte de la presente obra, y mas adelante veremos el castigo correspondiente, que se aplicaba entre los judíos. De este castigo, sin embargo, tocó muy poco á los judíos trasladados por Nabucodonosor á Babilonia, país por supuesto extranjero para ellos y donde estaban sometidos á una autoridad extranjera tambien, y bajo este punto, se podia equiparar su situacion con la de un desterrado, pero no con la de un individuo proscrito, porque allí fueron trasladados por familias y grupos, y así fueron tambien establecidos, quedando de consiguiente organizados política y socialmente como lo habian estado en su país; de suerte que en Babilonia formaban, como habian formado en Palestina, un pueblo, una agrupacion nacional, aunque con ciertas limitaciones, y se regían por su derecho y usos nacionales, que son garantía importante de la nacionalidad. Segun estos usos antiquísimos, las cabezas de familia eran los jefes y jueces de las familias y grupos de familias, y su autoridad habia crecido naturalmente con la supresion de la dignidad real. Estos jefes representaban á sus familias y grupos, en cuya calidad pasaron, por ejemplo, á ver á Ezequiel en su casa en busca de su oráculo (Ez., 8, 1. 20, 1), cuando este varon habia tenido que renunciar á su actividad pública. Estas consultas son una prueba de la union que se conservaba entre

los judíos. El castigo del año 597 recayó principalmente sobre los funcionarios y los propietarios ó terratenientes que formaban la fuerza armada y á quienes Nabucodonosor habia encerrado dentro de Jerusalem. Pero el sitio de la ciudad fué, sin duda, causa de la segregacion y expatriacion de fracciones de familias; muchos claros debieron de hacer en las familias las armas enemigas en los combates, y otras familias desaparecieron probablemente por efecto de la emigracion parcial á los países vecinos, hallándose fracciones de una misma familia en Babilonia, Judea, Amon, Moab, Edom y Egipto. Esta emigracion fué tal vez la causa de la decadencia de los usos relativos al matrimonio, tanto entre los deportados como entre los judíos que quedaron en Palestina, decadencia que lamentan y tratan de corregir Ezequiel y los doctores de la ley posteriores. Mas estas segregaciones y fraccionamientos de las familias y grupos no pasaban de excepciones, conforme resulta de Jeremías, cap. 29, porque organismos sociales como el israelita llevan en sí mismos la fuerza curativa de semejantes daños. Por otro lado, es fácil que las deportaciones efectuadas despues de la destruccion de Jerusalem llenaran muchos claros en las familias. Así es que la queja, tan frecuente desde el tiempo de Ezequiel, de que el pueblo de Israel estaba dispersado entre los otros pueblos, es solo una expresion figurada para decir que vivian en Babilonia, en Palestina y Egipto fracciones de un mismo pueblo, y en los países fronterizos de Palestina individuos fugitivos sueltos; una expresion que lamenta la desaparicion de la anterior unidad de la nacion.

La medida tomada por Nabucodonosor es, pues, una traslacion forzosa de todo un pueblo á otro país para colonizarlo. Fué una aplicacion en grande escala del sistema usado en el Asia occidental desde la aparicion de los asirios para domar pueblos rehacios (1). No sucedió exactamente lo mismo en el año 722 cuando Sargon trasladó en general solo el pueblo de Samaria, quedando en su país la masa del pueblo de Israel que habia dejado la guerra, y á lo mismo se habria limitado probablemente Nabucodonosor si el pueblo de Judá hubiese cumplido con el castigo impuesto sin poner á prueba la paciencia generosa de aquel rey, que luego extendió la deportacion á un número mucho mayor. Despues de la poblacion judaíta que habia quedado en el país se redujo

(1) En escala menor se empleó tambien en Alemania despues de la conquista de las comarcas eslavas al Este del Saale y del Elba, pues entonces fueron trasladadas y establecidas á la fuerza comunidades eslavas por via de castigo hasta en Turingia, Hesse y Franconia, algunas de ellas con reducciones interesantes de sus derechos.

grandemente por efecto de la emigración a los países vecinos, sobre todo la que se dirigió al Egipto conducida por Johanan; de suerte, que al fin fué Babilonia el país donde vivía la parte mas numerosa, mas compacta y mejor de la nación judía, mientras las partes establecidas en otros países solo eran fracciones de la misma nación, que ya no pudieron ejercer ninguna influencia en el desenvolvimiento nacional.

No solamente por lo que acabamos de decir se mantuvieron como nación los deportados a Babilonia, al revés de los israelitas de Samaria que Sargon deportó a las montañas de la Media y a las comarcas ribereñas de los ríos Jalaj y Jaboras (Calaj y Caboras) y que desaparecieron allí de la historia. El motivo principal de la suerte diferente que cupo a estos dos grupos de deportados fué, sin duda conforme veremos muy claramente en lo que sigue, la religión nacional que tuvieron y conservaron los judíos y que no tuvieron en igual medida sus hermanos los israelitas, por manera que aquellos, aunque no pudieron practicar su culto en su mayor parte, no perdieron a su Dios ni su fe (1).

Otro error queda con esto desvanecido: el que produce la expresión «cautiverio de Babilonia», pues la expatriación de los judíos fué todo menos cautiverio; los reyes Joachin y Sedecías pagaron su falta a la fidelidad jurada con la prisión. El primero fué perdonado y admitido en la corte con ocasión de la subida al trono de Evilmerodach (561-559), y Sedecías murió en la prisión (Jeremías, 52, 11) (2). Fácil es que también sufrieran otros partidarios de Egipto el mismo castigo por su deslealtad, si bien esto resulta poco probable, según la relación del segundo Libro de los Reyes, 25, 18-22. Cierta número de los que fueron hechos prisioneros de guerra en los combates con los babilonios fueron quizás retenidos por los vencedores en calidad de esclavos, entre cuyos descendientes hay que buscar tal vez los eunucos judíos de que habla Isaías (3); pero la mayoría de los esclavos judíos que vivían en Babilonia pertenecían probablemente a amos judíos y habían pasado con estos a Babilonia. La masa de los deportados ni había perdido su libertad ni su hacienda, excepto la merma que ésta había sufrido por el cambio y la traslación forzosa; pero en su libertad personal no sufrieron los deportados mas reducción que la obligación de establecerse en los lugares designados para el grupo de familias a que cada individuo pertenecía. En estos lugares designados cada individuo era libre para ganarse la vida como podía, y así lo prueba el hecho de que cincuenta años despues se encontraban muchos judíos en situación muy acomodada. A las viñas y tierras que habían cultivado en Canaan, país montuoso y santo, sucedieron viñas y tierras en las comarcas ribereñas de los ríos y canales de Babilonia, porque la masa del pueblo judío había quedado también entonces adicta a la agricultura, si bien dice Ezequiel (17, 4) que la ciudad de Babilonia era, como todo el país, mercantil, lo que prueba cabalmente que el comercio no respondía entonces a la índole de los judíos. Estos podían pasar libremente de una colonia a la otra, como se ve por la visita que hicieron los jefes de grupo a Ezequiel; ni se les impedía comerciar con otros pueblos, porque en la primera parte hemos visto que las relaciones entre los deportados y los que habían quedado en su país

(1) Aquellos que no quieren reconocer determinados escritos como hechos posteriormente al año 586 para interpretar menciones del cautiverio como habiendo tenido efecto en el año 722, no ven lo que acabamos de apuntar. La estancia de los de Samaria no tuvo ninguna influencia en el desenvolvimiento de la religión. Esta influencia se menciona en la literatura posterior no histórica y se menciona en favor de un interés puramente teórico por efecto de ideas cuyo origen se encuentra en Ezequiel.

(2) En 2. Reyes, 25, 7, falta «hasta su muerte.»

(3) Isaías, 5, 6, 3.

eran muy activas desde 597 hasta la destrucción de Jerusalén. Verdad es que los autores de la época de la expatriación y otros posteriores hablan de los deportados llamándolos cautivos; pero esto es en sentido figurado, hablando desde el punto de vista de la libertad nacional anterior y desde el cual los deportados aparecían privados de su libertad.

Ahora bien: gozando los deportados de una situación muy llevadera, que despues de haber hecho el primer trabajo inseparable de toda colonización, había de hacerse cada vez mas satisfactoria, porque el país de Babilonia es mucho mas feraz que la Palestina, ¿cómo se explica que durante medio siglo, y muchas familias durante siglo y medio, tuviesen tanto deseo de recuperar el suelo patrio y de fundar allí otra vez una nación? ¿Cómo es que el pueblo judío jamás pudo olvidar la destrucción de su existencia nacional ni acostumbrarse a su expatriación y por qué se acordó siempre de estos desastres cuando se hubo reconstituido en nación en su antiguo suelo patrio? ¿Por qué no se contentaron los judíos con la fundación de una comunidad judía en Babilonia y por qué anhelaban volver a su patria pobre, aun a condición de vivir allí bajo el dominio extranjero?

Todo esto lo explica, sin necesidad de buscar otras causas, el carácter especial que la religión de Israel había adquirido en la época de la traslación de este pueblo a Babilonia. A haber sido los deportados gente moderna, por ejemplo colonos alemanes modernos, habríanse acostumbrado pronto a su nueva situación y habrían mirado el país babilónico como su patria; pero eran israelitas antiguos, y aunque carecían de los conocimientos religiosos de los alemanes modernos, no tenían los defectos de estos, que por no tener un culto nacional miran la religión como asunto puramente individual y juzgan las religiones existentes de un modo relativo, por cuyo motivo suelen perder su sentimiento nacional y se funden con los pueblos entre los cuales viven. Una cosa semejante habría sucedido muy probablemente con los judíos si su religión hubiese sido como las que tenían los demás pueblos antiguos; en la imposibilidad de practicar el culto de su Dios como en su país, habrían adoptado el de los dioses del país en que vivían, practicando acaso su culto antiguo en el seno y como culto de familia hasta que paulatinamente se hubiese extinguido. Si la falta de culto comun y público, que es otro punto en el cual Israel se pareció a un desterrado, no produjo este resultado, fué porque lo imposibilitaron ya los efectos del movimiento iniciado por las profecías. Los judíos tenían la conciencia de ser adoradores de Jehova, el dios del país de Palestina, y se encontraban arrancados del dominio de este dios y del país donde se veneraba. En la conciencia religiosa de los judíos continuó Jehova siendo el dios patrio. Las ideas de los profetas vigorizaron y consolidaron esta idea antigua, como expusimos al final de la historia del tiempo anterior a la expatriación en la primera parte de esta obra. Las ideas mitológicas asirio-babilónicas, si es que se habían popularizado y no habían quedado limitadas a la clase sacerdotal, no pudieron ya conmovir este concepto fundamental de la religión de Israel. Los profetas y el pueblo estaban como antes perfectamente acordados en que el trono de Jehova había estado en el templo de Sion y que allí era su sitio. El encontrarse expulsados de Palestina significaba, pues, para el pueblo judío que había sido arrojado de la presencia de Jehova y que vivía lejos de su dios (2. Reyes, 17-20, 23, 27, 24; 3. Jeremías, 7, 15, 15, 1. 23, 39, 32, 31; Ezequiel, 11, 15) (4). Nada prueba en contra de esto que tanto

(4) En cambio, es muy dudoso é improbable, de poder deducir del 1. Reyes, 8, 44, 48, que la antigua costumbre de orar con las manos levantadas en dirección del templo se había modificado por la de orar en la dirección de Jerusalén (compárese esto con la kibla de los mahome-

los que despues de la conquista de Jerusalén por un rey extranjero querían conservar su fe en el poder de Jehova, según hemos visto anteriormente como los que perdieron su fe en Él (véase Ezeq., 8, 12, 9, 9), se figurasen que Jehova había abandonado temporalmente su morada, que era la convicción de Ezequiel y una de las bases de su actividad. Ezequiel creía que Jehova se había retirado a la montaña de los dioses en el Norte de la tierra (Ezeq., 28, 14), a cuyo alrededor giran los astros (Isaías, 14, 13). De allí viene la nube de tempestad en que Jehova aparece al profeta cuando le impone su misión (Ezeq., 1, 4). Esta es una idea pagana, que Ezequiel adquirió probablemente por la vía babilónica y acaso en la misma Babilonia (1).

La convicción de que Jehova y el templo de Sion están íntimamente enlazados entre sí es el eje ó núcleo de la teología de Ezequiel, pues así lo evidencia su esperanza en el porvenir, y así se deduce claramente de la visión en que Jehova le encarga su misión, porque esta visión supone que Jehova se ha apartado de Sion. En la nube que trae la tempestad del Norte, en la cual Dios se aparece al profeta a orillas del río Kabar, hay cuatro querubines que llevan en un carro maravillosamente construido el trono y el altar de Jehova. Este vehículo fantástico es evidentemente una imagen del templo de Jerusalén, lo cual entraña la idea de que al abandonar Jehova a Jerusalén para retirarse a la montaña de los dioses, no se separó de él la idea del templo de Salomón, y Ezequiel al pensar en Jehova no puede menos de pensar también en el templo.

De esto se sigue que habiendo Jehova abandonado su antigua morada y habiéndose retirado al último extremo del Norte, no se le puede construir ningun templo ni ofrecerle sacrificios en Babilonia, ni mas ni menos que si continuase morando en Sion, ya que según la costumbre antigua solo se adora a Dios allí donde tiene su morada. Pero el poder y la grandeza de Jehova se sienten también en Babilonia, porque los judíos están convencidos por los sermones de los profetas de que Jehova los ha castigado por sus pecados. Esta idea de los profetas va unida en la conciencia de los judíos a la de la gloria futura de Israel. La esperanza de esta gloria ó de la venida del Mesías supone la vuelta de Jehova a Sion, a su país y dominio, y por esto va unido a la idea de la restauración de Israel, el restablecimiento del culto y del templo. Véase por qué el recuerdo de la destrucción del templo de Jehova llegó a ser un robusto lazo de unión para los deportados, que presentaban el triste ejemplo de un pueblo despojado de su culto y obligado a guardarle fidelidad al mismo tiempo.

Esta falta de culto recordaba a los deportados a cada instante la terrible humillación que sufrirían; y su sentimiento era tanto mas cruel y roedor, cuanto mas acostumbrados estaban desde su juventud a satisfacer sus particulares aficiones religiosas. Con el culto habían perdido la consagración religiosa

(tanos); porque conforme ha demostrado Thenius, los versículos 44-51 del cap. 8 del Libro 1 de los Reyes son una intercalación posterior en el sermón de consagración del templo de Salomón, compuesto en el destierro. La base de la oración es hacerla delante del templo en dirección al templo mismo (v. 38, 42). Por lo demás, este sermón recibió mas adelante una corrección para atender a la idea posterior de que Jehova habita en el cielo. La costumbre de orar en dirección de Jerusalén, que los primeros cristianos tomaron de los judíos, aparece por primera vez en los escritos que datan de tiempos posteriores al destierro. Daniel, 6, 11, 3. Esdras, 4, 58.

(1) La montaña de los dioses en el Norte era conocida igualmente de los indios y de los iraneses (y también de los griegos y germanos). Los babilonios habrán recibido esta idea de los iraneses, ya que también existe una afinidad innegable entre las leyendas del paraíso de los dos pueblos (véase la primera parte de esta obra).

todos los actos importantes del individuo, de la familia y del pueblo. No poder practicar su culto no solamente significaba que no podía reanudarse el lazo roto que desde antiguo había unido a Jehova con su pueblo, sino que obligaba a los judíos a vivir en condiciones de horrible malestar, opuesto a la santidad de Israel. El pan que los judíos comían era impuro porque no habían podido ofrecer a Jehova las primicias del trigo; cada bocado de pan recordaba al judío la ignominia a que estaba condenada su nación y le hacía sentir la ira de Dios que le envolvía. Ninguna costumbre patria podía practicar sin que se le opusiera la imposibilidad de acompañarla con el correspondiente acto del culto, de suerte que tanto el individuo, como el pueblo, tenían siempre delante de su imaginación la certidumbre de encontrarse en estado pecaminoso y punible. Verdad es que el estado de impureza en que se hallaban los judíos en Babilonia era el mismo en que en todo tiempo se habían hallado temporalmente todos aquellos individuos que en algun viaje tenían que entrar en territorio extranjero; pero una cosa era someterse un individuo a la fuerza y pasajeramente a circunstancias ineludibles, y otra era vivir así como nación, un tiempo ilimitado, sin poder practicar los usos característicos de la existencia legal y nacional (2), y aparecer de esta manera en estado impuro irredimible y por consiguiente como nación castigada a la vista de todo el mundo pagano. Esto explica por qué los expatriados gemían tanto por tener que vivir en país impuro, cosa que hasta la expatriación había sido un accidente comun para sus antepasados siempre que se habían visto precisados a pasar las fronteras de Palestina (3).

La imposibilidad de practicar en Babilonia el culto del dios del país de Canaan, a la usanza antigua, implicaba también un gran peligro para la conservación del sentimiento nacional, y aun de la misma religión y de su desenvolvimiento. Los pueblos antiguos, bastante ignorantes en materia de las fuerzas y fenómenos de la naturaleza, sentían la necesidad de invocar la protección de poderes divinos y tenerles propicios con ofrendas y sacrificios, pero los judíos, como hemos visto, no podían presentar ofrendas ni sacrificar a Jehova fuera de su país, que era también el de su Dios. Los judíos que en él vivían, debían su sentimiento religioso a la convicción de vivir cerca de Jehova y de ver continuamente pruebas de su poder. Esta convicción les excitaba a conservar las costumbres de sus mayores que concordaban perfectamente con la voluntad de Jehova, y así se mantenían vivas las prácticas religiosas; pero los expatriados vivían lejos de su dios Jehova, porque vivían lejos del país donde Jehova imperaba, y esto era un gran peligro para las usanzas religiosas en general y para la religión del individuo en particular. Lo mas inmediato y mas grave era que el judío buscara entonces la protección de las divinidades que adoraban los habitantes del país y que eran consideradas como sus dueños supremos y perpétuos; y si esto le repugnaba porque invocando a otros dioses y no al suyo abandonaba su nacionalidad, buscaba medios para practicar de un modo u otro el culto de su dios patrio.

Ambas cosas sucedieron con los judíos en Babilonia (4). Antes de la destrucción de Jerusalén tuvo que luchar ya

(2) La ampliación y la profundización de la idea de Dios que exponemos mas adelante, engendraron en tiempos posteriores al cautiverio la prescripción que obligaba a los judíos a abstenerse también fuera de Palestina de alimentos impuros.

(3) Como en nuestra época beben vino los mahometanos que accidentalmente se encuentran en países cristianos, aprovechando algunos esta circunstancia para hacer gala ante los cristianos de su ilustración y despreocupación.

(4) Es muy dudoso que la descripción del culto idólatra en Isaías, 57, 5 y siguientes, se refiera al cautiverio de Babilonia.

Ezequiel contra una tentativa de practicar en Babilonia el culto de Jehova. Semejante tentativa era una cosa inevitable tratándose de individuos de la antigüedad, cuya vida doméstica y pública estaba estrechamente enlazada y entretejida con actos de culto. Imágenes de Dios de madera y piedra veneradas desde la antigüedad mas remota en las familias judías, y que debían de haber eludido las pesquisas de Ezequías y de Josías, habían sido llevadas por estas familias al destierro; y es de suponer que en estas familias se conservara también el concepto tan antiquísimo como vivamente combatido por los profetas de que Jehova tenía alguna relación con estos ídolos por ser sus representantes materiales. A estas figuras no podía aplicarse, pues, la idea, proclamada con inflexible tenacidad por los profetas de Judea, de que Jehova vivía sola y exclusivamente en Sion. Por esto se hacían culpables en Babilonia de la veneración de tales imágenes, cabalmente aquellos judíos que no queriendo buscar en los cultos de divinidades y espíritus de los babilonios un equivalente del culto de Jehova que se veían imposibilitados de practicar, preferían recaer en las creencias y prácticas de los israelitas antiguos. Hasta criaturas sacrificaban á la manera antigua á estas imágenes, conforme se desprende de Ezequiel, 20, 31; y por esto no quiere Ezequiel profetizar á los jefes de las familias de Judá que solicitan su oráculo; les dice que solo un castigo purificador les hará volver al país de sus antepasados y pide que echen de sí estas imágenes y su culto, ya que Jehova solo quiere aceptar ofrendas y sacrificios en su sacra montaña.

No llegó con todo á formarse entre los expatriados el culto de Jehova, porque la idea de los profetas que Jehova tenía su morada en Sion se había arraigado ya demasiado en la fe religiosa de los judíos, y en esto hay que reconocer uno de los efectos mas robustos de la reforma de Josías, efecto que revela toda la importancia que la centralización del culto en el templo de Salomón, efectuada en 621, tuvo en el desenvolvimiento de la religión judaica. Solo algun individuo adoptó un culto extranjero; la masa ó comunidad, ó la *gola*, como la llamaban los judíos, ni tomó parte en ningun culto extranjero ni mostró su adoración de Jehova por medio de ofrendas y sacrificios. La masa del pueblo judío no pudo ya desechar la idea de los profetas, y aunque muchos judíos no llegaron probablemente á identificarse del todo con ella, ella quedó imperante y subyugó mas y mas á todo el pueblo. Así, pues, todo este pueblo expatriado continuó por convicción religiosa en la situación sin ejemplo de no practicar ningun culto, y en la imposibilidad de rendirlo á sus dios allí donde éste tenía su morada, se abstuvo también del culto de las divinidades imperantes en el país donde vivía desterrado.

CAPITULO II

EFFECTOS QUE PRODUJO EN LOS EXPATRIADOS LA DESTRUCCION DE JERUSALEN

Hemos sentado que los judíos tenían la firmísima creencia de que la caída de Jerusalem, anunciada anticipadamente por boca de los profetas, era un efecto de la voluntad de Jehova. Esta creencia fué una de las fuerzas que mas impulsaron el desarrollo de la fe religiosa de Israel; pero la destrucción de la ciudad, que no se creía inmediata consecuencia, produjo un efecto perjudicial á la religión. Así se desprende claramente del libro de Ezequiel que refiere expresamente el efecto que produjo la noticia de la toma y destrucción de Jerusalem en los judíos deportados desde el año 597 á Babilonia, los cuales al saberla quedaron completamente quebrantados. Su sostén espiritual había sido la esperanza de que

Jehova no tardaría en rodear de gloria la ciudad profanada por los sucesos del año 597, que rompería el yugo que sus vencedores le habían impuesto, que devolvería á los desterrados á su santa patria y los restablecería en sus dignidades y bienes. Esta era la causa de la oposición enérgica que habían hecho á Ezequiel despues que éste les había predicado la ruina de la ciudad y del reino de Israel, quitándoles la esperanza que los hacía vivir. Hasta el último momento habían esperado que la ciudad se salvaría de la destrucción y habían tenido la atención fija en los sucesos durante los esfuerzos postreros de sus habitantes, conforme se puede inferir de las profecías de Ezequiel que renueva sus agüeros ominosos al recibir la noticia del cerco (capítulos 21-24). Al instante comprendió Ezequiel el efecto que había de producir el terrible golpe que era ya inevitable, y el mismo día en que llegó la noticia del cerco de Jerusalem á Babilonia, predijo á sus compañeros de destierro que la toma de la ciudad les consternaría tanto, que en su espanto, desesperación é impotencia completa, olvidarían hasta las prácticas de luto, pero que á él se le abriría la boca, es decir, que quedaría muda la oposición que hacían á sus sermones. Así sucedió, y cuando el quinto día del décimo mes y undécimo año del destierro de Joachin un fugitivo llevó á Babilonia la noticia: «la ciudad está vencida,» volvió Ezequiel á ejercer públicamente su misión de profeta (cap. 33, 21. 22).

Este efecto se comprende, porque la noticia de la toma y destrucción de la ciudad conmovió en sus cimientos la fe religiosa de los deportados, que de golpe perdieron la fe en el poder y la justicia de Jehova. ¿Cómo podían tener en adelante fe en Jehova, habiendo éste mirado impasible cómo su ciudad era destruida y su santuario profanado por los paganos? La destrucción de Jerusalem era una deshonra para Jehova hasta á los ojos de los mismos paganos. ¿Qué se podía esperar de un dios que había mirado vivir dichosos á los idólatras del tiempo de Manasés y había dejado perecer miserablemente al piadoso y justo Josías á pesar de su reforma y consentido la destrucción de la ciudad? Verdad es que contra estas censuras se levantaba la antiquísima idea de que los hijos han de pagar las culpas de sus mayores, y ya hemos visto en la primera parte de esta obra que Jeremías justificó con esta razón la catástrofe. Pero la conciencia pública se rebeló contra esta explicación, porque desde mucho tiempo estaban imbuidos los judíos por sus profetas de la justicia de Jehova, y las exhortaciones de los profetas á la penitencia tenían por base la amenaza de que el pueblo sería castigado por los pecados de las generaciones vivientes, pero que sería salvado en las generaciones que se convirtieran á Jehova, pues todas las predicciones de tremendo castigo iban seguidas de los anuncios de salvación para los convertidos. En esto, la doctrina de los profetas acerca de la justicia divina estaba en oposición con la doctrina tradicional de la culpabilidad hereditaria, que los mismos profetas con sus exhortaciones á la penitencia venían á negar. Por otra parte, las generaciones vivientes que imbuidas por los profetas no querían someterse á la idea de ser castigadas por los pecados de sus mayores, se encontraban frente á frente de otro problema que á los profetas había pasado por alto cuando predijeron la ruina del reino de Israel: porque en la toma y destrucción de Jerusalem habían perecido justos y se habían salvado pecadores; ¿cómo hermanar estos sucesos con la justicia de Dios? ¿Qué razón había para que el individuo expatriado confiara en Jehova, cuando pesaba sobre él la culpa ajena que le condenaba á perecer aunque él fuese justo?

Sin embargo, los efectos de la ruina de la ciudad y del reino llevaban en sí también el remedio para sostener la fe conmovida; lo que había recibido un golpe mortal era la an-

tigua fe popular y tradicional en Jehova, que naturalmente había de parecer á sus adoradores despues de la gran catástrofe de Jerusalem ó un dios arbitrario ó de menos fuerza y poder que los dioses paganos. Mas los profetas durante dos siglos habían calificado de errónea esta idea de Jehova, cuyo culto y adoración les había escandalizado siempre y que segun ellos nada tenían que ver con el Dios de Israel, que por su boca hablaba al pueblo. La destrucción de Jerusalem no refutó sino confirmó la fe en el Jehova de los profetas. Este Jehova había amenazado durante dos siglos con la destrucción de la ciudad y del reino como castigo si el pueblo judío no se enmendaba, y había designado á los poderes de la tierra como instrumentos de que se serviría para ejecutar sus sentencias. La idea central de las profecías de Jeremías había sido en los últimos decenios que precedieron á la ruina de Jerusalem que Jehova había destinado la Palestina á los babilonios; que ninguna consideración al templo le impediría hacer caer su justicia sobre la ciudad rebelde y que la entregaría á Nabucodonosor. Este Jehova de los profetas anunció, por boca de estos, como obra suya, la destrucción de la ciudad y la profanación de su propio templo, porque, segun la predicción de Ezequiel, debía ocurrir la destrucción de Jerusalem para que Israel conociese «que yo soy Jehova» (véase cap. 24, 6, 7, 13 y 14, 12, 16, 15, 7, 33, 29). Envia á Judá al destierro para que conozca que es Jehova quien había hecho anunciar anticipadamente por sus profetas la destrucción del reino y de la ciudad (cap. 5, 13, 17, 6, 10). La caída de Jerusalem fué el triunfo de la justicia de Jehova y la justificación de las profecías: se había aplicado al pueblo incorregible de Israel el terrible y mayor castigo anunciado por los profetas, á pesar de toda la indignación de los sentimientos patrióticos. Con esto enmudeció toda la oposición contra los sermones de los profetas; pues si Jehova había dejado profanar y quemar impasible su templo, era prueba de que no gustaba del culto que allí se le tributaba y de que los profetas tenían razón cuando predicaban que Jehova abominaba aquel culto. Enmudecieron de una vez las befas porque las profecías no se cumplieran, y los que querían permanecer fieles á Jehova y á su nacionalidad, debían reconocer la exactitud de la explicación que los profetas daban acerca de Jehova y de su juicio sobre el pasado de Israel. Las ideas verdaderas por los profetas eran, pues, el único faro que daba luz al pueblo castigado por su Dios en su triste situación actual, para enseñarle el camino que había de seguir á fin de alcanzar un porvenir mejor.

De esta manera llegaron los partidarios de los profetas á ser súbitamente los directores de los destinos de Israel y el nuevo sosten, mas robusto que el anterior, que recibió la *gola* ó comunidad judía. El pueblo expatriado, al someterse á su dirección, renunció á las ideas pasadas y comprendió las presentes; sin renegar de sí ni de su porvenir, cobró una nueva confianza en Dios, tan robusta como jamás la había conocido, y vio el camino por donde podía librarse de la ira divina y alcanzar mejor porvenir.

Este cambio hizo posible que los expatriados formasen la comunidad judía y que se fijaran la misión de ésta y la forma interior en la cual pudiera manifestarse. El que abrió y despejó este nuevo horizonte y el que señaló y condujo al pueblo al nuevo camino, fué Ezequiel, que vuelve á hablar alto y á cuya propaganda pública ya nadie se opone (cap. 24, 27). La figura de este profeta domina toda la situación y dirige su desenvolvimiento; él es el padre espiritual y director de los expatriados, y á medida que llegamos á comprender aquellos tiempos y su vida intelectual y espiritual se engrandece esta figura y se ve mas clara. En su teología se encuentran las bases sobre las cuales se ha reunido y cimentado la

comunidad judía; pues él enseñó á sus compañeros de destierro á ver y comprender en la ruina de la ciudad el castigo bien merecido de la desmoralización y de sus extravíos religiosos, y al propio tiempo robustece su confianza en Dios y en un porvenir mejor; les arranca del pasado y de las ideas anticuadas, enseñándoles un horizonte nuevo y el camino por el cual pueden reconquistar la gracia de Jehova. El sosten moral de los desterrados fué desde entonces el anhelo de recobrar la Tierra Santa y de reconstituir allí el culto de Jehova, y la esperanza renovada y robustecida por Ezequiel de que conseguirán el logro de su deseo. Ezequiel además les enseñó el camino que debían seguir despues de haber reconstituido el pueblo de Israel en la tierra de sus mayores para continuar en la gracia de Dios recuperada. Él trazó el plan en cuya realización el pueblo judío posterior vió su misión, á saber: probar por la práctica religiosa verdadera que era el pueblo santo del Dios santo; apartar de sí por este medio la ira de Dios y conseguir el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas. Al trazar Ezequiel con mano firme el cuadro del porvenir, aumentó la esperanza de la futura gloria, de la venida de un salvador, y preparó el dominio de la ley, dando con esto forma á los dos pensamientos religiosos, procedentes de una misma raíz, que se completan mutuamente y que constituyen la base sobre la cual se han elevado la fe y las prácticas del pueblo judío. Hasta hoy se pueden observar todavía las vibraciones de la teología de Ezequiel, porque á él se deben en el fondo las ideas de la Nueva Jerusalem y de la milagrosa transformación de la naturaleza en la Tierra Santa y en el reinado del Mesías; ideas que nos ha transmitido el Apocalipsis y que todavía influyen en los pensamientos y sentimientos de tantos cristianos. Respecto de estos puntos, Ezequiel realizó los pensamientos que ya había expuesto con toda precisión en su esencia desde su primera aparición en la escena pública y de consiguiente mucho antes de la destrucción de Jerusalem; y la significación histórica de esta catástrofe y de la destrucción del reino de Israel en el año 586, consiste en haber despejado el terreno para la aplicación y el desarrollo de las ideas sembradas por los profetas. Así se comprende la importancia, señalada por Vatke, del hecho de haberse verificado gradualmente la destrucción del reino israelita.

CAPITULO III

EL PUEBLO JUDÍO ROMPE CON SU PASADO. TRANSFORMACION DE LAS ANTIGUAS TRADICIONES HISTÓRICAS

Ya en la primera parte de esta obra hemos indicado que Ezequiel produjo con sus sermones el rompimiento del pueblo judío con su pasado israelita, á cuyas ideas renunció en adelante. En ningun otro punto preparó mas claramente Ezequiel el espíritu y modo de ver del pueblo judío posterior á la cautividad de Babilonia, que en este cuya convicción estaba ya mucho antes de la destrucción de Jerusalem, perfectamente formada en su ánimo. Verdad es que no fué él en realidad el creador de este modo de ver que considera todo el pasado del pueblo bajo un punto de vista religioso, nuevo y extraño á la índole del pueblo, punto de vista que la masa general no comprende, antes lo condena como un error culpable ó lo interpreta mal. Segun hemos visto en la parte primera de esta obra, ya Oseas, cuando la decadencia del reino israelita del Norte, había iniciado esta manera de considerar el pasado del pueblo; y por esto Ezequiel, en aquellos trozos de su libro que tratan del pasado de Israel, se acerca tan visiblemente á Oseas, lo mismo en la sustancia